

hacer mejor el paganismo. El liberalismo económico nos predica, desde los tiempos de Adam Smith, la armonía de los intereses, y de tal modo, que casi se podría creer que no se propone otro objeto que los hombres de buena voluntad se den menos cuenta de ella, cuando los listos, con el grito de guerra *dejar hacer*, exploten á su favor el juego de la supuesta ley natural de la economía, y disuelvan la sociedad en miembros inexpertos, discordantes y sin defensa. El liberalismo sociológico no se cansa de hablar de solidaridad, y ensalza como único medio de salvación la necesidad social del darwinismo, esa cirujía social, como la llama el mismo Bradley, cuyo único arte consiste en amputar los miembros débiles y enfermos, ⁽¹⁾ ese sistema de salvación, cuya única sabiduría consiste en el grito de terror: *Los débiles por la borda*. Y el liberalismo estético no cesa de atronar al mundo con su reclamo de humanidad, por más que toda la tierra se haya convertido en un gran campo de batalla político, militar y económico.

Sin embargo, semejante charlatanería es trabajo inútil. Así no se puede salvar á la sociedad, ni con los procedimientos de un Atila y de un Gengis Khan, ni con las artes alquimistas de los Rothschild, ni con todas las violencias y promesas de un Cleón ó de un Marat. Mucho mejor lo comprendieron esto los romanos, los grandes hombres de Estado, los cuales fundaron su imperio del mundo, absoluta y completamente sobre la religión, y así resistió por siglos enteros á las más horribles tempestades. Y si alguien piensa que su creación debió tal solidez menos á la religión que al maravilloso arte de su derecho, en el que superaron á todos los pueblos, entonces tendrían primeramente que demostrarnos que este sentimiento del derecho, en el cual tanto brillaron los romanos, no brotó del profundo sentimiento religioso del pueblo. Pero también tenemos otros pueblos y sociedades,—deberíamos hacer entrar en ellos á casi todos los de la Edad Media—cuyas

(1) *International Journal of Ethics*, Abril de 1894. *Review of Reviews*, IX, 375.

instituciones, aunque dejen mucho que desear, gozaron de larga prosperidad, y proporcionaron á sus ciudadanos un bienestar muy grande, porque todas sus leyes estaban fundadas en la religión. Sólo cuando rompieron con la religión, aumentó el desequilibrio entre el esplendor aparente y la secreta decadencia, hasta que, finalmente, por su falta de resistencia interior, se derrumbaron y arrastraron al mundo en su caída.

Ciertamente, la historia prueba, tanto como la sana filosofía, que la fuerza, que la vida, que la salud de la sociedad, dimanen únicamente de la religión. Que se levante un liberal antidiluviano, como Sullivan, contra el cardenal Vaughan, y declare que el Cristianismo no puede resolver la cuestión social; ⁽¹⁾ que esos demagogos, que especulan con los favores momentáneos del pueblo, se burlen de nosotros, llamándonos ratas de sacristía, y digan que tratamos de resolver la cuestión social con plegarias y sermones piadosos sobre sacrificios y mortificaciones; que se burlen cuánto quieran los socialistas, diciendo que queremos consolarlos con vanas ilusiones sobre el otro mundo; que el Gran Oriente de París llame endemoniados ⁽²⁾ á todos los que quieren afirmar la religión en la vida social; todo ello no impide que la experiencia de todos los tiempos pruebe la verdad de las palabras del Apóstol: «Porque la piedad—es decir, la religiosidad—es útil para todas las cosas, tanto para la vida presente, como para la futura.» ⁽³⁾

12. Idea de la ciencia social.—Así, pues, sólo hay una ciencia social, la que respeta la historia y la tradición; la que procura conservar y utilizar con caridad todo derecho existente, así el más pequeño como el más grande; la que coloca al hombre, al hombre libre y personal, al hombre creado por Dios para el servicio de toda la humanidad, como centro de todo el orden del mundo y del

(1) *Review of Reviews*, IX, 177.

(2) *Linzer Quartalschrift*, 1894, 481.

(3) I Tim., IV, 8.

Estado; la que respeta todas las leyes de la moral y de la religión, así como las del derecho; una sociología que procura resolver todas las cuestiones de la vida externa, de la cultura, de la educación y de la instrucción, y no en último lugar las económicas, con subordinación á la triple, ó mejor, á la única regla de la moral, de la religión y del derecho.

13. Su necesidad.—Comprendida así la ciencia social, no se ve la razón de las censuras que se le dirigen ó de la desconfianza que en ella se manifiesta. Verdad es que los socialistas hablan también de sociedad, y trabajan en la edificación de una sociedad, de conformidad con sus ideas. Pero la verdadera sociedad tiene tan poco que ver con la sociedad soñada por ellos, como la Iglesia con los grandes conventos de la Internacional y de la Masonería. Y del mismo modo que, para resistir á estos dos poderes, no hay mejor medio que la adhesión á la Iglesia, así también, la renovación de la sociedad, según los principios cristianos, es el único remedio que tenemos contra el socialismo.

Por lo demás, no seamos injustos con los socialistas. La humanidad no puede vivir, si no se compone más que de individuos aislados, es decir, si permanece en el estado de disolución á que la ha arrojado el liberalismo. Los esfuerzos del socialismo para rehacer el estado social no pueden ser más justificados; pero no es justo el camino que emprende, ni los ideales, ni las ideas que persigue. Sus ideas son liberales, y su ideal consiste en la alianza internacional masónica. Sin embargo, esto no obsta para que consideremos fundadas sus reivindicaciones principales.

Precisamente por esta razón, debemos trabajar con todas nuestras fuerzas para esclarecer las nociones fundamentales de la verdadera sociedad. Hay en las filas socialistas millares de adeptos que hacen causa común con ellos, los unos por completo, los otros á medias, los unos voluntariamente, los otros por fuerza, porque creen que, fuera de sus esferas, nadie comprende las necesidades actuales. Estas masas se podrían ganar, si viesen que también en otras partes hay quien se preocupa de la necesi-

dad de renovar la sociedad, pero con mayor reflexión y seriedad, y con el propósito de llegar á una realización gradual sana y duradera.

Pero no sólo necesitamos contra los socialistas una sociología fundamental, sino también para las clases sociales en que vivimos. Apenas hay un hombre reflexivo, ó amante del prójimo, que no se interese por la cuestión social. Pero ¿de qué errores se hacen con frecuencia culpables los mejor intencionados, errores que ponen en peligro la verdad, errores cuyas consecuencias conducen al campo enemigo! De aquí que el verdadero conocimiento de la sociología sea una de las necesidades más urgentes para todos los verdaderos amigos del hombre.

Pero los que más la necesitan son los discípulos de la desastrosa ciencia social liberal y ciencia del Estado. Ellos tienen que reparar los mayores estragos; ellos—casi no nos atrevemos á decirlo—tendrán el mayor trabajo para hacerse accesibles á la verdad, pues la verdad es en este punto muy amarga para ellos y muchos otros. Por eso preferimos que la explique al mundo uno de los suyos.

Escuchemos á uno de los corifeos del liberalismo, un hombre que, por sus sentimientos y su situación, nos ofrece todas las garantías deseables para no denigrar al mundo moderno; nos referimos al hombre de Estado húngaro, el barón Eötvös. «No podemos dudar un solo instante—dice—de que nuestros esfuerzos sociales deben tener por efecto la ruina de nuestra civilización. Los más ardientes defensores del orden social se esfuerzan, cuando se trata del Estado, en emitir principios capaces de conducir á la revolución social.»⁽¹⁾ «Por todas partes nos movemos todavía en el círculo de las ideas cristianas; sólo hay una excepción: el Estado.»⁽²⁾ «Entre él y el orden social fundado en las ideas cristianas, hay la misma oposición que entre la civilización antigua y la cristiana.»⁽³⁾ Se ha separado el derecho de la moral y de la religión, principios sobre los

(1) Eötvös, *Der Einfluss der herrschenden Ideen*, I, 321.

(2) *Ibid.*, I, 322.—(3) *Ibid.*, I, 323.

cuales reposa el Estado, y, con esta separación, se ha pretendido hacer posibles los progresos de la ciencia. Pero, en la práctica, tal separación es imposible. El hecho de que los Estados se esfuerzen en esclavizar á la Iglesia, porque les parece ver en su independencia un peligro para su propia seguridad, prueba precisamente que, entre el Cristianismo y el Estado actual, hay, es cierto, una profunda oposición, ⁽¹⁾ pero que, dadas las circunstancias, una separación amistosa y jurídica ni siquiera es posible. El Estado no puede fundarse en principios que estén en contradicción con aquellos sobre los cuales descansa nuestra organización social, y aun toda nuestra civilización. El sostenimiento ó la destrucción de esta última depende, pues, de que reconozcamos que, actualmente, hemos llegado á un punto en que el progreso, por el camino que va, no es ya posible, sin romper con las ideas cristianas que han constituido la base sobre la cual se ha desarrollado hasta ahora nuestra civilización.» ⁽²⁾

Así escribía el perspicaz político en 1854. En aquella época, el matrimonio era todavía cristiano, la escuela y la educación se encontraban todavía en manos de la Iglesia, la cuestión de la usura era considerada aún desde el punto de vista cristiano, y la Iglesia y el Estado marchaban todavía, por lo menos en apariencia, cogidos de la mano. Hoy tenemos el matrimonio civil y los registros de estado civil, la escuela se ha laicizado; la Iglesia no tiene ya el derecho de decir una palabra en materia de educación; la usura está tolerada por las leyes; la Iglesia está esclavizada y paralizada en el ejercicio de su actividad puramente espiritual, en la predicación, en las misiones. ¿Qué dique podemos oponer á la tempestad que se avecina? La cuestión de saber si el azote proseguirá ó no su ruta, si perecerá la cristiana civilización, si la revolución saldrá victoriosa, ¿no queda ya resuelta? ¿No se ha producido ya la ruptura completa, irreparable, incurable y eterna?

(1) Eötvös, *Ibid.*, I, 324.

(2) *Ibid.*, I, 336 y sig.

14. ¿Hacia qué porvenir nos encaminamos?—Pues bien, no; no lo creemos en manera alguna. Todavía podría evitarse el mayor mal, si quisiéramos formarnos una idea bien clara de las causas del mismo, y si tuviésemos valor suficiente para poner manos á la obra de su curación.

Pero ¿llegaremos alguna vez á conseguir esto? Sí, con tres condiciones. En primer lugar, es preciso que el liberalismo, el más rebelde de todos los errores, el cual, por su odio á lo sobrenatural, prefiere ver al mundo precipitarse en el abismo, antes que adherirse á él, desaparezca, ó, por lo menos, de tal modo se le debilite, que ya no tenga importancia alguna, ya que no podremos esperar jamás que se convierta seriamente. Hay que extirpar de todos los espíritus hasta sus últimos restos, pues, en muchos puntos, domina todavía, aun en la opinión de aquellos que ni remotamente podrían imaginarse que tienen algo de común con esta desdichada manera de pensar. En segundo lugar, todo partido y toda escuela que aspire al mejoramiento, debe puntualizar con la mayor claridad aquello que se proponga resolver, especialmente los verdaderos principios de la sociología. Bueno es obrar prácticamente, pero es imposible calcular el poco provecho y el mucho daño que origina el desconocimiento de los principios fundamentales. Finalmente, los adalides de la renovación social, cualquiera que sea el rumbo que tomen, deben permanecer estrechamente unidos á la religión, y, de hecho, á la Iglesia y á la autoridad de la misma.

Pero, dada la situación actual de las cosas, con la indecisión de los unos y la impetuosidad de los otros, difícilmente podrá evitarse que el socialismo venza á un enemigo más terrible que él, el anarquismo, ó quizás el puro nihilismo. Inútil tratar de ocultarlo. Verdad es que no debemos exagerar los peligros de lo presente y de lo futuro; abstracción hecha de que nunca es permitido faltar á la verdad, aunque de ello resultase alguna utilidad, sólo se conseguiría con esto aumentar la desanimación general, lo que redundaría en provecho de los jefes de la revolu-

ción social. Pero lo cierto es que, aunque se mire con frialdad la situación del mundo, hay que confesar que es muy grande el peligro de una catástrofe. Verdad es que puede evitarla la misericordia de Dios, y solamente ella; ¿pero podemos y debemos esperar una manifestación extraordinaria de esta misericordia?

Dios ayuda generalmente á los hombres sólo por modo humano, es decir, cuando cumplen con sus deberes humanos. Ahora bien, nuestro deber consiste en pensar y obrar, pensar con claridad y justicia y obrar con prudencia y actividad. Hay que tener la cabeza despejada, los ojos abiertos, el corazón tranquilo y la conciencia en orden. La agitación, las disputas, los insultos, ayudan tan poco como el desaliento y la inacción. Si cada uno no cumple con su deber en la forma y modo como se lo enseñan el Cristianismo y su conciencia, no es posible, sin un milagro, mejorar la situación, y exigir en estas condiciones un milagro, sería criminal.

En una palabra, el cuerpo mortalmente enfermo de la sociedad debe ser renovado; deben infiltrarse en él muchas energías sanas, á fin de que puedan obrar los medicamentos. Estas energías del pueblo son el derecho, la moral y la religión. Culpables nos haríamos de locura y temeridad, si quisieramos esperar la salvación sin trabajar seriamente para introducir en todas las clases de la sociedad el derecho, la moral y la religión, y restablecer lo único que puede constituir el contrapeso de la disolución de la sociedad, la unión de ésta con el reino de Dios, ó, para decirlo sin rodeos, con la Iglesia visible de Dios y con su autoridad. ⁽¹⁾

(1) He reducido la bibliografía, ya para no hacer demasiado extensa esta parte de la obra, (sería abundantísima para cada punto en particular) ya porque todos pueden consultarla en los trabajos del *Stammhammer*, en el *Staatslexikon der Görresgesellschaft*, en el *Handwörterbuch der Staatswissenschaft* de Elster y en el *Handwörterbuch der Staatswissenschaften*. Excelentes indicaciones se hallarán en la obra de Ludovico Stein, *Der soziale Frage im Lichte der Philosophie*, 1897, y en el hermoso libro de Millot, *Que faut-il faire pour le peuple?* Paris, 1901, Lecoffre.

PRIMERA PARTE

LA VIDA PÚBLICA BAJO LA INFLUENCIA DE LAS IDEAS MODERNAS

CONFERENCIA PRIMERA

EL ABSOLUTISMO

1. **Nada hay nuevo bajo el sol.**—Todo el mundo habla hoy de las llamadas ideas modernas, los unos para alabarlas, los otros para censurarlas. Siempre que la conversación recae sobre esta materia, los primeros hacen poco caso de los tiempos pasados, y, como se dice vulgarmente, cantan en todos los tonos las alabanzas de lo presente. Los segundos aprovechan de buen grado la ocasión para montar en cólera y deplorar las tristes circunstancias en que vivimos. Convencidos de que jamás han ido las cosas tan mal como ahora, pierden con ello el ánimo para combatir las ideas dominantes.

Todos harían bien en recordar las palabras de Salomón: «Nada hay nuevo bajo el sol, y nadie puede decir: he aquí una cosa nueva; porque ya ha existido en los siglos precedentes; sólo que ya no nos acordamos de ella». ⁽¹⁾ No sin razón, pretende precisamente uno de nuestros proverbios alemanes que «nada es tan nuevo como lo que ha caído en olvido». Con frecuencia se nos ocurre llamar *modernas* á cosas ya anticuadas; de ello tenemos hoy más de un ejemplo. Pero quizás, entre esas novedades que uno se

(1) Eccl., I, 10.